

vez le apremia la realización de sus planes, tal vez desea que me interese pronto en su favor.

Estas reflexiones, y un sentimiento que no podía explicarse todavía, le hicieron mandar al paje que introdujese en su estancia á su protegido.

---

## Capítulo XVII.

---

Dicha y desdicha.

Al hallarse Colon cerca de Beatriz, que le recibió con la mayor bondad, quiso disculpar su atrevimiento, demostrándole que la ligereza del paje era la que habia sido causa de que llegase hasta su estancia, por que su objeto sólo habia sido hablar á Beltran.

Pero como esto no era cierto, como no era más que un pretexto que se habia forjado por si acaso parecia su visita intempestiva, en presencia de Beatriz no se sintió con ánimos para engañarla:

—Perdonad, señora; he deseado volver á veros, porque me parece cuando estoy cerca de vos que me siento con mayores ánimos para luchar y con más esperanzas para alcanzar el triunfo.

—Yo os he dado permiso para que vengais á verme cuando gustéis; pero no son muy buenas las no-

ticias que puedo daros hoy acerca de vuestras pretensiones.

—Perdonad que os lo diga; pero en vuestra presencia es tal la gratitud que siento hácia vos, que me olvido de todo, y sólo deseo ocasiones de mostraros cuanto puede mi reconocimiento.

Las mujeres, cuando no tienen la experiencia que dá la práctica del amor, adivinan en el hombre que les habla cuál es el sentimiento que le inspiran.

Beatriz, observando la timidez de Colon, y al mismo tiempo la vehemencia de sus palabras, comprendió que un sentimiento más profundo, más grande que el de la gratitud, era el que le impulsaba á buscarla.

Pero se detuvo en estas reflexiones, porque temía, si iba demasiado lejos, no poder volverse atrás.

—Os he dicho,—añadió,—que no son buenas las noticias que tengo que comunicaros, porque despues de nuestra entrevista ha tenido la reina, mi augusta señora, ocasion de preguntarme por vos; y he hecho lo posible por recordarla lo que antes de veros la habia pedido, y sin embargo, ó mucho me equivoco, ú otra influencia ha contrareestado la que ejercieron mis palabras sobre su ánimo.

—Y sin embargo,—dijo Colon,—esta es quizás la primera vez en mi vida que oigo con indiferencia cuanto atañe al porvenir de mis ideas, porque la satisfaccion que experimento al saber que son vuestros deseos tan benévolos; para mí es superior á la mella

que causan en mi alma las golpes de la fortuna.

Con haberos inspirado el sentimiento de la piedad hácia mí, me basta. He sido muy desdichado, y comprendo cuánto vale hallar en el mundo un alma bondadosa.

A ruegos de Beatriz, le refirió Colon toda su historia.

¿Por qué al hablarla de su union con Felipa, en vez de detenerse á describir la inmensa felicidad que habia disfrutado en su compañía, sólo le habló con insistencia de sus desdichas al ver que la muerte le habia arrebatado la mujer que habia podido comprenderle?

¿Por qué Beatriz, sin explicarse lo que le pasaba, experimentó un pesar insidioso al saber que aquel hombre habia sido ya amado por una mujer?

¿Por qué se presentó á los ojos del marino como una mujer que no creía en la felicidad del amor, que nada esperaba de la que habia cerrado su corazon á sus emociones?

¡Misterios son estos del corazon humano; misterios que obedecen á la voluntad de la Providencia!

La expansion y la confianza de sus dos almas acertó más aún la distancia que los separaba.

—¿Me permitireis que vuelva á veros?

—Volved cuande gustéis,—respondió esta.—Soy muy jóven aún para decir que os profesó un afecto muy parecido al que os tendria vuestra madre; pero ¿para qué ocultároslo? En mí hallareis siempre el afecto de una hermana.

Era muy poco.

Colón mismo, casi olvidado de las ideas que le animaban, sintió en extremo que las desgracias de aquella mujer hubieran convertido, al parecer al ménos, su corazón en frío mármol.

Ignoraba todavía que debajo de aquella frialdad se ocultaba un volcán, un volcán comprimido.

Más de una hora hacia ya que la campana de la catedral había recordado á los vivos sus deberes para con los muertos.

Colón abandonó, sin saber lo que le pasaba, la morada de aquella mujer, que había cambiado por completo su modo de ser.

Al salir, no bien hubo andado algunos pasos, tropezó con un bulto.

—¡Calle! ¿Sois vos, señor Colón?—dijo un hombre que se tambaleaba.

En la voz reconoció en seguida al soldado Martín Carrasco.

—No desperdiciáis el tiempo por lo que veo,—añadió el soldado, dándole á entender por el tono de su voz que estaba más alegre que de costumbre.

—¿Qué decís,—exclamó Colón.

—¡Já, já, já! Veo que sois un pretendiente en toda regla: no dejáis á sol ni á sombra á vuestra amable protectora.

—¡Martín Carrasco!—exclamó Colón con acento de reconvención.

—No lo podeis negar. Os he visto salir de la morada de doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

—Mentís.

—Si me decís que miento, voy á creer que hay algo más entre vos y ella que el deseo de ser protegido y el de proteger.

Colón, indignado, fué á arrojarse sobre él; pero notando que no estaba en su cabal razón:

—Os disculpo,—le dijo,—porque veo que no estáis en vuestro cabal juicio, y para que veáis que no os guardo rencor, venid conmigo á la posada y buscad reposo en el lecho.

—¿Yo acompañaros? De ningún modo; he jugado y ganado. Es cierto que he bebido más de lo regular, pero no importa: Yo sé dónde se pasa la noche alegremente, y puesto que he ganado y estoy de buenas, voy á ver si aumento mi fortuna y regalo mis sentidos.

El soldado se alejó.

Colón pensó que al día siguiente se habría olvidado Martín Carrasco de su noturna entrevista.

Desgraciadamente no fué así.

Aquella misma noche fué el soldado á una casa de mal vivir, en donde se reunían algunos compañeros, toda la gente perdida de Córdoba, y en donde se jugaba y se rendía culto al amor profano.

Allí, en medio de los tahures y de las barraganas, manchó el nombre de Beatriz pronunciándole, y al ver que sus palabras producían efecto, en vez de contar simplemente que había visto salir de la puerta de su casa á Colón, calumnió á su protectora.

Al día siguiente se habló en la corte de aquel suceso, y como no faltaban personas á quienes conve-

nia que otra dama ménos escrupulosa que Beatriz disfrutase del favor de la reina, fué un arma poderosa que emplearon algunos palaciegos para desacreditar á Beatriz á los ojos de su soberana.

Beatriz nada supo, y al dia siguiente, cuando fué á ver á la reina, deseosa, con la mejor buena fé del mundo, de hacer algo en favor de Colon, aprovechó un momento oportuno para preguntarla si su confesor la habia hablado.

—Veo que te interesas mucho por ese extranjero,—le dijo la reina, á cuyos oidos habian llegado rumores de la visita que habia hecho Colon la noche anterior á Beatriz.

—Vuestra majestad sabe los motivos que tengo para interesarme en su favor.

—Sé más aún; se que le recibiste anoche, y que salió bastante tarde de tu casa.

Las mijillas de Beatriz se encendieron.

Aquellas palabras, dichas sin ánimo de ofender á la jóven, y pura y simplemente como una muestra de confianza y afecto hácia ella por parte de su reina, hirieron profundamente su corazon.

Más tarde oyó, sobre poco más ó ménos, las mismas alusiones á algunas damas de la córte.

Sufrió lo que no es decible.

—¡Dios mio, Dios mio!—se dijo.—¡La calumnia ha podido cebarse en mí! La desgracia de ese hombre es inmensa, y sin embargo, ya es imposible que le proteja; mi desinteresado afecto hácia él se consideraria como el fruto de una debilidad.

¡Oh! no, no volverán mis lábios á pronunciar su nombre en Palacio, y yo misma procuraré cuanto antes retirarme para siempre de los que no comprenden la bondad si al mismo tiempo no la calumnian.

Cuando llegó á su casa no pudieron ménos de notar en su rostro sus camaristas, y sobre todo Inés, la agitacion que la dominaba.

A sus preguntas no respondió, y llamando á Beltran, despues de haber escrito en un papel algunas líneas con febril mano:

—Lleva esto al extranjero que vive en la posada inmediata,—dijo al paje.

Poco despues recibió Colon la misiva.

—«No volvais nunca á verme,»—le ecia Beatriz.

—¿Qué es esto, Dios mio?—exclamó Colon, presa de una horrible angustia.

Quiso llamar al paje para preguntarle lo que habia pasado; pero habia desaparecido:

Volvió á leer muchas veces la carta, notó en los caractéres que los habia trazado una mano febril, quiso ver á Beatriz, hablarla, pero la órden que le daba era terminante.

Aquel golpe, despues de haber confiado, era más terrible que los anteriores.

Colon quedó sumido en el más profundo abatimiento.

Al ver que no bajaba, subió el posadero á informarse del motivo que le retenia en su habitacion, y le encontró frio como la nieve, sin movimiento, exánime.

Inmediatamente fué á llamar á un médico judío, y cuando llegó, el infeliz marino se hallaba dominado por una fiebre espantosa.

Era tal su delirio, tan alarmantes los síntomas que presentaba su enfermedad, que el hombre de ciencia le contó con los muertos.

Su enfermedad duró bastantes dias.

A pesar de su pobreza, nada le faltó.

Un ángel habia velado á su lado.

Este ángel fué Beatriz.

---

## Capítulo XVIII.

---

Ardides del amor.

Beatriz supo al dia siguiente por su paje Beltran que su protegido estaba enfermo.

Maese Repulgo, que no las tenia todas consigo acerca de la solvencia de su huésped, cuando le vió enfermo y oyó al doctor recetarle algunas drogas, se creyó con derecho para registrar el limosnero de Colon, y halló unos pocos maravedis, que constituian todo el tesoro del pobre extranjero.

—Pues, señor, esto va mal,—se dijo:—yo bien conozco que la caridad me ordena hacer cuanto pueda por el prójimo; pero si luego no puedo resarcirme de los gastos que haga en su beneficio, y no consigue realizar su pretension, habrá ganado mucho para el cielo, pero lo que es para la tierra nada absolutamente.